

Discurso del Presidente de la República en Sesión Plenaria Congreso Argentino
DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE, RICARDO
LAGOS, ANTE EL CONGRESO PLENO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES, 18 de mayo de 2000

Señoras y Señores

He venido a esta sesión plenaria del Honorable Congreso de la Nación de esta Nación Argentina para entregar el saludo afectuoso del pueblo y del Gobierno de Chile.

Vengo aquí, acompañado por los parlamentarios de mi país, una delegación de la cual encarna la diversidad y realidad que existe en mi Parlamento, como en todo Parlamento democrático.

Me presento ante ustedes como el primer Presidente de Chile en el siglo XXI, para pedirles que convirtamos en hechos nuestros sueños, ahora. Que en este siglo proyectemos los profundos vínculos que, desde los umbrales de nuestra vida republicana, existen en nuestros países.

Son casi doscientos años de vida independiente, y como recordaba el señor Vicepresidente, una de las fronteras comunes más largas del planeta nos unen de manera inseparable a Argentina y Chile. Pero más allá de la materialidad de la geografía, nuestra cultura, nuestra lengua y nuestra historia, forjada en valores comunes que hemos compartido, en lo que ahora nos demanda una meta común.

La geografía nos acerca, la historia nos hermana, pero el futuro es nuestro desafío común, al cual tenemos que dedicar nuestro esfuerzo.

A lo largo de nuestra historia republicana nuestras naciones han tenido acuerdos y divergencias. Porque queremos un futuro limpio, no queremos ocultar o falsear nuestro pasado. Nuestro pasado está allí para sentirnos orgullosos de lo que hemos hecho. Iniciamos nuestra tarea como países independientes con grandes convergencias entre Chile y Argentina.

Nacimos al mismo tiempo como República. Porque queríamos la independencia y la libertad, comprendimos que si no uníamos fuerzas el enemigo común de ese entonces nos derrotaría. Porque entendimos que para plasmarnos como naciones libres teníamos que hablar con una sola voz. San Martín y O'Higgins hablaron por una sola voz. Se impuso al final la voz del sueño común allá en Ayacucho, y fue la voz que en definitiva señaló al mundo que América Latina era capaz de regirse por sí misma.

Nos unimos porque había una empresa común para desarrollar, había un interés superior que afrontar, en un mundo que como naciones independientes recién éramos capaces de balbucear nuestros primeros conceptos en el ámbito internacional.

Es cierto, San Martín y O'Higgins tuvieron que imponerse a sectores que cuestionaron en su momento la alianza chileno-argentino; un sólido entendimiento permitió superar escollos.

Y después, en las décadas siguientes seguimos unidos en la común voluntad de hacer Nación y hacer Patria desde los esfuerzos de un Estado todavía incipiente.

Fueron las dificultades en la construcción de nuestros Estados nacionales que significó, en su momento, el destierro de tantos argentinos que llegaron a Chile y generó una corriente de conocimiento y relación entre los líderes de ambos países.

Participaron activamente de nuestra vida pública intelectuales de la talla de Mitre, de Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. Ellos construyeron sólidas relaciones con dirigentes políticos e intelectuales chilenos y dejaron una huella indeleble, precisamente en aquellas áreas que hacen a la esencia de un país: la educación y la cultura.

A lo largo del Siglo XIX construimos nuestros Estados nacionales con Rosas y Mitre en Argentina, con Bulnes y Montt en Chile. Definimos nuestros territorios para asentarnos como países. Claro está, al definir el territorio comenzaron divergencias. Fue la divergencia en buena ley, la que trataba de consolidar el espacio de la patria de cada uno de nosotros, de la patria Argentina, de la patria de Chile.

Hacia fines del Siglo XIX, como todos sabemos, las cuestiones limítrofes llevaron a las dos naciones a un momento de extrema tensión, pero la necesidad de cooperación terminó por imponerse. No sólo fuimos capaces de superar desavenencias, emprendimos iniciativas visionarias. Los Pactos de Mayo, suscritos en 1902 entre nuestros países, se convirtieron en uno de los pocos acuerdos exitosos del hemisferio en América Latina para frenar la carrera armamentista de la época, que consumía a principios de siglo los recursos para el desarrollo de ambos estados.

Después, hubo otros impulsos de cooperación. Se sumó Brasil, hicimos los primeros y más exitosos ejercicios de concertación política regional, mediamos en distintos conflictos en América Latina, y en este siglo XX que acaba de terminar también hubo ese esfuerzo.

Siglo XX caracterizado por divergencias

A lo largo del siglo XX, y digámoslo, las divergencias territoriales llegaron a ser un elemento fundamental en la política exterior de nuestros respectivos países y construimos hipótesis de conflicto a partir de la desavenencia.

Y allí también, como la desavenencia entre nosotros, hubo desavenencias al interior de nuestros países. Tanto en Chile como en Argentina, el orden constitucional fue interrumpido por gobiernos autoritarios que ejercieron el poder sin los contrapesos de la democracia, negando los mecanismos de participación ciudadana y violando muchas veces los derechos humanos.

La crisis de la democracia en nuestros países fue, en gran medida, el resultado de una intransigente polarización ideológica y política. Se cerraron posibilidades del diálogo constructivo y se abrió muchas veces el camino a la violencia. Buscando ganar con minorías, todos perdimos. Dando por sentada la democracia, abrimos muchas veces las puertas al autoritarismo.

Fue en esa hora oscura de ambos pueblos, cuando el autoritarismo mandaba en ambas

capitales, hubo preparativos para una guerra entre nosotros, lo que finalmente no ocurrió. ¿Qué hubieran dicho nuestros padres de la Patria de haber habido ocurrido? ¿Cómo nos pedirían cuenta por aquello?

Chilenos en Argentina

Ese período triste en nuestra historia también conoció exiliados chilenos a los que el pueblo argentino recibió.

Hoy testimoniaré ante ustedes nuestro agradecimiento por la amistad recibida por nuestros artistas, nuestros intelectuales, nuestros poetas que aquí llegaron.

Excúsenme una referencia personal. Mi familia y yo tenemos que agradecer a Argentina porque aquí se nos abrieron las puertas y los brazos para desarrollar un trabajo, para seguir pensando a Chile y para seguir pensando a nuestro continente desde esta tierra argentina. Una entre miles, mi familia aquí fue acogida entre hermanos.

Los que provenimos del ámbito académicos fuimos capaces de generar un espacio de difusión en una casa acá cerca, en la calle Callao. En esa casa fraterna seguimos pensando latinoamericanos de distintas jerarquías y latitudes, para encontrar un espacio para trabajar y pensar en los grandes valores de la libertad y la democracia.

Fue también a través de esa experiencia que se fue conformando una comunidad intelectual y política latinoamericana, cuyos lazos de amistad y compromiso con la causa democrática de la región constituyeron y constituyen las bases de mucho de lo que pudimos hacer posteriormente, cuando muchos asumieron responsabilidades en sus patrias de origen.

Esa experiencia permitió aunar no sólo voluntades sino también pensamientos e ideas. Fue el dolor de ese momento que entendimos la necesidad de construir y laborar en una patria común, y aquí estamos.

Quisimos y queremos a esta ciudad de Buenos Aires, a la cultura de la Argentina toda. De la zamba al tango, de Borges a don Aníbal Troilo. Del Teatro Colón a las artesanías regionales. A sus jóvenes brillantes, a sus sobresalientes deportistas, a los científicos de gran nivel.

También, junto con ello, muchas familias nuestras sufrieron el peor de los castigos, la desaparición o la muerte ignominiosa, que sólo envileció a los que lo perpetraron.

La democracia

Pero nuestros pueblos han dejado atrás esa hora oscura. La misma democracia que nos devolvió la libertad nos permitió resolver, como aquí se ha recordado, todos nuestros desacuerdos territoriales.

Hemos solucionado los 24 diferendos limítrofes pendientes entre nuestros países a comienzos de la década pasada. El camino seguido ha significado sacrificios y situaciones dolorosas. Pero las hemos asumido con la convicción que estamos dando un paso a una nueva etapa de nuestras relaciones.

Mis agradecimientos más profundos a este Parlamento argentino por la culminación exitosa de estos tratados que nos permiten dejar la época de las diferencias atrás. Mis agradecimientos al Parlamento de Chile por haberlos aprobado, a su vez.

Ahora entramos a una nueva era de nuestras relaciones, desarrollando un proceso de integración amplia, dejando atrás la era de recelos y desconfianzas. Hemos aprendido a establecer un diálogo franco, leal y claro entre ambos gobiernos, ambos pueblos, ambos Parlamentos.

Aquí, en este Parlamento, se han dado pasos vigorosos en su acercamiento. Por eso digo que vengo con ocho miembros del Parlamento de mi país, a quienes ustedes le han hecho el honor de sentarlos como hermanos de ustedes en sus bancas.

Nos falta, por cierto, mucho por hacer. Es importante que aseguremos una mayor participación activa de los ciudadanos y de las organizaciones de diverso tipo. Tenemos, en el campo de las relaciones económicas, resultados múltiples e inéditos en nuestra larga historia común.

Argentina es hoy uno de los principales socios comerciales de Chile. Las inversiones chilenas en este país se han multiplicado y Chile es una de las principales fuentes de las inversiones extranjeras que recibe Argentina.

Hemos perfeccionado los instrumentos vigentes de acuerdo con los progresos de la integración, y avanzamos hacia un sistema de controles fronterizos integrados. Avanzaremos también en la concreción de corredores bioceánicos, porque Chile saldrá al Atlántico, como Argentina al Pacífico. Sí, señor.

Trabajaremos para dar un énfasis adecuado al importante tema del turismo, con planes destinados a hacer realidad los circuitos turísticos integrados.

Tenemos avances notables en materia de integración energética. Una red de conductos de petróleo y propano han materializado la integración energética de nuestros países. En el horizonte próximo, ahora, en esta década, tenemos que dar cuenta de la interconexión de las redes eléctricas de la zona central y la zona austral de nuestros dos países.

Confío también que el Congreso chileno complete la aprobación del Tratado de Integración y Complementación Minera entre Chile y Argentina, proceso legislativo en el que estamos trabajando intensamente. Es un firme compromiso de nuestro gobierno sacar este importante acuerdo adelante.

Estamos aprovechando las posibilidades recíprocas que ofrece el acuerdo de asociación de Chile al Mercosur. Este esquema de integración tiene el mayor potencial imaginable en esta área de América Latina. Y Chile hará su política exterior desde la región y de la región al mundo. Y para nosotros, el entendimiento con Mercosur es una tarea esencial.

También es importante destacar la creciente cooperación que se da en otros ámbitos, hasta ayer impensados, como en el área de defensa, entre las autoridades civiles y militares de ambos países. No puedo imaginar un ejemplo más elocuente de ese nuevo espíritu, que el esfuerzo conjunto por mejorar la comparabilidad de los datos de gastos

militares, así como el estudio de diversos proyectos conjuntos. Que en Chile se está reparando vuestro buque insignia -el Hércules, en Talcahuano- y que ambos países cuenten con un acuerdo para la construcción conjunta de fragatas, es un elemento concreto que demuestra que la hipótesis de conflicto está desechada para siempre.

Llegamos entonces a un punto en que la interdependencia de nuestros países es tan elevada, que el conflicto es inviable. Eso no significa que se evaporen por arte de magia las diferencias, pero lo que resulta claro es que ahora la unión de voluntades es lo que demuestra que las relaciones de Chile y la Argentina han alcanzado un punto de no retorno. Esas relaciones solo pueden mejorar y aunarnos más.

La conclusión me parece obvia: las energías que dedicamos en el pasado, en el siglo XX, para resolver los complejos problemas históricos y de límites que dificultaban las relaciones mutuas, en el siglo XXI las vamos a invertir para enfrentar los nuevos desafíos que plantean la interdependencia y la globalización.

Estamos volviendo a las raíces. Cuando nos hicimos a la independencia, no existía la hipótesis de conflicto; existía la hipótesis acerca de cómo éramos capaces de compatibilizar un esfuerzo común para entrar en un mundo que nos era desconocido, difícil, complejo. Comenzábamos a caminar.

Sepultadas ahora nuestras diferencias territoriales, es hora de volver a nuestras raíces, al camino común del siglo XIX, porque ahora también nos comenzamos a adentrar en un nuevo mundo, que así como el siglo XIX -difícil y complejo- en el pasado no conocíamos.

Por primera vez desde que somos Nación independiente vivimos en un mundo donde existe una sola gran potencia política y militar. Toda nuestra política internacional se basó en cómo somos capaces de operar en el equilibrio de poderes, aquel que nació en la Europa de 1648, en el Congreso de Westfalia. La guerra fría, mis amigos, es el último eslabón de lo que se definió allá en Westfalia. Porque había equilibrio de poderes, entendíamos que podíamos tener cierto grado de autonomía. Desde hace más de diez años, eso no es así.

¿Cómo ajustamos nuestra política exterior a esta nueva realidad internacional? ¿Cómo ajustamos nuestra política exterior a esta nueva realidad internacional determinada por una arquitectura financiera de flujos internacionales en donde los acuerdos de Bretton-Woods al término de la Segunda Guerra, o son remozados o no tienen ninguna posibilidad de dirigir el flujo de los grandes capitales, a que hacía referencia vuestro vicepresidente?

Es aquí, entonces dónde, cuándo, cómo y entre quiénes se van a definir las reglas de este nuevo escenario internacional del siglo XXI. Pequeños países como los nuestros en el escenario internacional no seremos unidos en la construcción de ese edificio si no aunamos los esfuerzos con una sola voz, como las de O'Higgins y San Martín.

Y si nuestros países buscan un nicho en este planeta que se achica cada día más, ¿cómo participaremos en la construcción de ese escenario? Sólo juntos tenemos esa posibilidad de avanzar -igual que en los inicios de nuestra independencia-, sólo juntos, ante ese primer desafío de una potencia única, y hacia el otro desafío de la construcción de un

orden económico internacional que se forma ante nuestros ojos sin regulación alguna.

Y señalo un tercer desafío, al que hacía referencia el vicepresidente: el de la nueva economía, el de la economía digital, el de un mundo de una nueva época en el sentido total. Es aquí donde creo que tenemos mucho para avanzar, donde tenemos que ser capaces de hablar de todos los temas.

¿Podemos explorar una casa conjunta, Chile y Argentina, que instalada en Silicon Valley, permita a nuestros jóvenes estar en el futuro del conocimiento? ¿Podemos avanzar en un gran programa de posgrado en ciencia y tecnología en nuestras universidades y centros de investigación para competir con lo que ocurre más allá de nuestras fronteras? Digámoslo con franqueza: nuestro sistema universitario es insuficiente para estar a la altura de las tareas que tenemos en el mundo de hoy. Allí es, en ese mundo real, donde podemos seguir avanzando para tener una estatura intelectual, científica y cultural para hablar en el mundo de hoy.

No hay región en el mundo que haya trabajado más duro que la nuestra en la última década para desarrollar tantos mecanismos y mejorar la economía. Como dije hoy en una conferencia, hicimos todas las tareas que se nos dijeron: un esfuerzo por abrir nuestras economías; un esfuerzo por manejar las finanzas con la seriedad adecuada y luchar por tener presupuestos equilibrados; la necesidad de avanzar en los procesos de privatización para que nuestras empresas públicas dejen de seguir siendo fuente de déficit fiscal; bajamos la inflación a niveles históricos; hemos recuperado el crecimiento. Hicimos las tareas, pero nuestras sociedades siguen teniendo profundas carencias sociales.

Es que hemos aprendido, después de diez años, que así como tenemos que hablar ante el mundo por una sola voz, hemos también aprendido que la principal expresión de la desigualdad social es la inseguridad de nuestras sociedades. Las familias pobres están expuestas a situaciones incontrolables, sin herramientas para defenderse. ¿Cómo construimos una sociedad más igualitaria?, ¿Cómo desarrollamos redes que protejan a los más vulnerables de los altibajos de la economía como de los malos momentos que tienen? Es aquí donde creo que tenemos, entonces, un cuarto desafío, que nos une y nos hermana.

Hemos hecho las tareas, pero en nuestro país, donde en diez años doblamos el producto, es cierto, tenemos menos pobres que antes; pero no se trata de andar contando los pobres por el mundo. Se trata de constatar que la desigualdad en la distribución del ingreso es hoy igual a diez años atrás, y eso no puede ser.

No compiten con éxito en este mundo global los países tensionados interiormente. Nada sacamos con hablar de prepararnos para la globalización si no nos preparamos para el elemento básico y fundamental de una red social que permita reducir las tensiones sociales que existen al interior de nuestras sociedades. Ese es, tal vez, el desafío primero que tenemos que abordar si queremos tener éxito en el siglo XXI.

Pero también seamos claros. En un mundo globalizado hay globalizadores y globalizados; los que difunden y aprovechan la globalización y aquellos que se deben adaptar a ella, a veces con éxito y otras veces con grandes perjuicios. La división entre globalizadores y globalizados ya no está dada por la cantidad de recursos naturales ni

por la mano de obra barata, ni por una mezcla de ambos. Lo que hoy vale es el conocimiento, la tecnología y la información. Esto es lo que hace la diferencia de estar en uno o en otro grupo.

La aldea global de la que hablan los comunicadores tiene pocos centros dinámicos y muchas villas miseria. Y ahí tenemos que tener claridad cómo actuamos.

En este cono sur que compartimos debemos desarrollar, como dije, ciencia y tecnología, imaginación y creatividad, porque es ahí donde se va a jugar el gran partido de la economía global. Todas nuestras empresas, desde las más pequeñas a las más grandes, deben desplegar las habilidades competitivas de este nuevo siglo.

Por eso, para señalar la importancia de este tema, es que llego acá con una delegación importante de científicos chilenos que tienen que generar las bases, con sus pares argentinos y latinoamericanos, de cómo generamos un espacio común para, desde aquí también, hacer ciencia y no sólo importar la ciencia y la tecnología.

Es cierto. Para ello debemos comenzar desde el inicio, desde profundizar las reformas de nuestro sistema educativo, para que todo niño o niña, cualquiera sea el lugar de este territorio sudamericano, acceda a la nueva sociedad del conocimiento.

Por eso hoy quiero invitar a este gran país hermano a conformar una alianza estratégica para enfrentar los desafíos de la globalización, una alianza que nos permita aprovechar la globalización, minimizando sus riesgos y padecimientos, que nos permita conservar y privilegiar nuestras ricas tradiciones culturales y proyectarlas de manera mucho más dinámica en la arena internacional.

Es necesario crear un espacio económico, político, social y cultural común entre nosotros y con nuestros vecinos, para lograr una sinergia mayor, para abrir la economía sin temores ni reticencias y para potenciar la competitividad de una economía global, en una economía global que se hace cada vez más exigente.

Por eso, en esto pensamos cuando planteamos nuestro interés en profundizar los vínculos con Mercosur. Cada país, allí, tiene que hacer lo propio, su propio esfuerzo, a partir de las propias situaciones que tenemos, y nuestros aportes, a lo mejor, serán distintos. Se trata de un proceso que no puede limitarse sólo a cuestiones arancelarias. Reducir el Mercosur a un arancel común es achatar la posibilidad de desarrollar nuestros sueños, y para eso no estamos disponibles. Estamos disponibles para pensar en grande.

Es cierto, el arancel es parte del problema, pero debemos mirar más allá, hacia la convergencia de políticas económicas esenciales entre nosotros. Es allí donde está la raíz de poder seguir avanzando. Mirar también hacia una carta social. ¿Por qué no? Si así como queremos ser rigurosos, como se hablaba de un pequeño Maastricht, y definir cuánto de déficit fiscal o cuánto de inflación, ¿por qué también no colocar al mismo nivel, cuánto de desempleo? Una carta social que signifique también la posibilidad de aniquilar fricciones comunes y pensar en el fortalecimiento de mecanismos de concertación política.

En el mundo del siglo XXI la concertación política entre nosotros será esencial para que

nos escuchen. Si no, por mucho que gritemos al interior de nuestros países, no se escuchará más allá de nuestras fronteras.

Por eso es que entiendo que tenemos que enfrentar de una manera conjunta los desafíos de la nueva comunidad internacional que está surgiendo ante nuestros ojos, una comunidad en que la sociedad civil habla con voz propia, una voz que ya no es mediatizada por los estados-nación. Veamos lo que ocurrió en los últimos encuentros, como el de Seattle, a finales del año pasado.

Sabemos, por definición, que las utopías no se pueden alcanzar, pero las sociedades, los pueblos, el ser humano, necesita un horizonte con el cual soñar y hacia donde dirigir sus esfuerzos. Una utopía que nos augure una vida mejor, que merezca los sacrificios que impone la superación personal y el cambio social. La utopía del siglo XXI es la creación del espacio común en nuestra América del Sur.

Señoras y señores, amigos y amigas de este Parlamento argentino:

Chile y Argentina comparten desafíos comunes. Para tener éxito, nuestros países tienen que volver a inspirarse en San Martín y O' Higgins, en tantos hombres y mujeres que se esforzaron para que nuestros países dieran todo de sí, en cada momento.

Lo señalado por el periódico de la Soberana Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, allá en 1813, aún sigue vigente. Allí ustedes dijeron: "El patriotismo americano es la igualdad". El patriotismo americano, para conseguir esa igualdad, es cómo hoy somos capaces de unirnos por encima de nuestra Cordillera de los Andes. Tenemos hoy una oportunidad histórica.

La democracia y la estabilidad de las instituciones en ambos países nos dan una base sólida para comenzar a caminar. Cuidemos nuestras democracias, seamos responsables con nuestros propios sueños. Hemos aprendido, en el dolor duro de la noche gris de nuestros países, que la democracia hay que cuidarla y que no es un bien que nos esté dado. Pero sólo en democracia podemos construir una unidad estable entre nuestras dos naciones. Si tenemos participación ciudadana, si tenemos perseverancia, ese sueño va a ser posible.

Como le escribiera el libertador San Martín a Bernardo O' Higgins, a fines de 1817, cuando dijo: "En fin, mi amigo, divididos seremos débiles, reunidos los batiremos sin duda alguna". Y hoy yo les digo: el adversario de hoy no es el del año 1817. Hoy el reto común es hacer de la globalización y de este siglo XXI un mundo de oportunidades. Ese es un horizonte posible si sumamos nuestra fortaleza, unimos nuestras voces y aunamos nuestros talentos.

He venido, como Presidente de Chile, a invitar al pueblo argentino, a invitarlo a través de ustedes, sus representantes en este Congreso histórico, a que emprendamos juntos esta tarea. La jornada es larga. Comencemos a caminar. Pongámonos de pie, el futuro es nuestro. Muchas gracias.